

El futuro de la seguridad alimentaria

por **José Graziano Da Silva**
Director General de la FAO*

Vivimos en un mundo de paradojas. Y lo mismo ocurre con la seguridad alimentaria global. En las últimas décadas se han logrado enormes avances en la producción de alimentos, relacionados, sobre todo, con el desarrollo de nuevas tecnologías y técnicas agrícolas. De hecho, actualmente en el planeta se produce una cantidad de alimentos más que suficiente para satisfacer a toda la población mundial. Pero el problema no es la disponibilidad de alimentos (que la hay) si no la distribución y el acceso a los mismos. Mientras muchos viven en la abundancia, en varias zonas del planeta se sufre la mayor crisis humanitaria de los últimos años.

En Yemen más de 16 millones de personas (dos tercios de la población) tienen dificultades para obtener alimentos a causa del conflicto. La violencia en el noreste de Nigeria se ha extendido a zonas de los países vecinos de la cuenca del lago Chad –en especial el Extremo Norte del Camerún, el oeste de Chad y el sureste de Níger– con efectos devastadores sobre la seguridad alimentaria y los medios

de subsistencia. Además, la situación de sequía en el Cuerno de África se ha agravado. Yibuti, Eritrea, Etiopía, Kenia, Somalia, Uganda, Sudán y Sudán del Sur (que además sufre una guerra) necesitan ayuda humanitaria urgente.

Los conflictos y la miseria han provocado que, a día de hoy, haya más de 65 millones de personas desplazadas. Desde la Segunda Guerra Mundial no se vive una situación así.

Mientras muchos viven en la abundancia, en varias zonas del planeta se sufre la mayor crisis humanitaria de las últimas décadas

En total, casi 800 millones de personas todavía padecen hambre en el mundo, la gran mayoría son pequeños productores rurales que viven en países en desarrollo, particularmente en África y Asia.

La Agenda 2030 y los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), aprobados en 2015 en las Naciones Unidas, tienen como

ambición reducir esas desigualdades y lograr un mundo más pacífico y sostenible, donde nadie se quede atrás.

Y la FAO está en una posición excelente para hacer contribuciones inmediatas de apoyo a los países para implementar lo pactado en la Agenda 2030 y promover un desarrollo sostenible.

La Organización acaba de publicar un informe (*El futuro de la alimentación y la agricultura. Tendencias y desafíos*) en

el que identifica quince grandes desafíos a los que se tendrá que enfrentar la humanidad en las próximas décadas si queremos erradicar definitivamente el hambre y la pobreza y, al mismo tiempo, salvaguardar nuestro planeta.

Los grandes desafíos abordan, desde una perspectiva global, retos tan importantes como el crecimiento demográfico, el comercio y el precio de los alimentos, el aumento de la competencia por los recursos naturales, el cambio climático, los conflictos, las crisis y los desastres naturales o la nutrición y la salud. Ya sabemos que casi la mitad de los bosques que en tiempos cubrieron la Tierra han desaparecido; que las fuentes de agua subterránea se están agotando rápidamente y que la biodiversidad ha resultado seriamente dañada. Para 2050, la humanidad rozará posiblemente los 10.000 millones de personas. Este aumento de población impulsará la demanda mundial de productos agrícolas, intensificando la presión sobre unos recursos naturales que ya escasean.

En solo unos pocos años, habrá más personas consumiendo mayores cantidades de carne, frutas, hortalizas y alimentos procesados y menos cereales, resultado de una transición en curso de los hábitos alimentarios a nivel global, lo que causará más deforestación, degradación de la tierra y emisiones de gases de efecto invernadero. Junto a estas tendencias, el cambio climático que sufre el planeta creará obstáculos adi-

cionales, afectando también a todos los aspectos de la producción alimentaria. Para satisfacer de manera sostenible las necesidades de una población mundial en ascenso, las prácticas agrícolas y los sistemas alimentarios necesitan pasar por una transformación, y hacer un uso más eficiente de la tierra y el agua y de otros recursos naturales imprescindibles. Hace falta también producir un enorme recorte de las emisiones de gases de efecto invernadero, que son las causantes del calentamiento global del planeta.

Además, los pequeños campesinos de países en desarrollo necesitan de políticas públicas específicas, que incluyan capacitación, financiación y acceso a los mercados. Algunos resultados ya son visibles. América Latina y el Caribe, por ejemplo, podría ser la primera región en desarrollo en erradicar completamente el hambre si todos sus gobiernos refuerzan la implementación del plan de seguridad alimentaria del bloque de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños).

El plan promueve políticas públicas integrales para reducir la pobreza, mejorar las condiciones del mundo

rural, adaptar la agricultura al cambio climático, acabar con el desperdicio de alimentos y hacer frente al riesgo de desastres. Este plan está alineado con el Acuerdo de París sobre el cambio climático y los Objetivos de Desarrollo Sostenible. El plan ya está dando frutos a lo largo de la región: Bolivia, Chile, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua se apoyaron en él para evaluar sus políticas de seguridad

alimentaria y nutricional, mientras que Perú lo utilizó de base para impulsar leyes de donación de alimentos y para minimizar las pérdidas y desperdicios alimentarios. La región se ha propuesto erradicar el hambre para el año 2025, cinco años antes del plazo del ODS número 2 relativo al Hambre Cero.

Este es un buen ejemplo de cómo los desafíos que tenemos para los próximos años sólo podrán solucionarse con determinación política y el esfuerzo conjunto y comprometido de muchos actores. Los desafíos están ahí, las soluciones dependen de todos nosotros.

*(Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura).

La población, un reto para los recursos

El aumento de población e ingresos medios en los países en desarrollo en las próximas décadas pondrá en riesgo la sostenibilidad de sus recursos naturales.

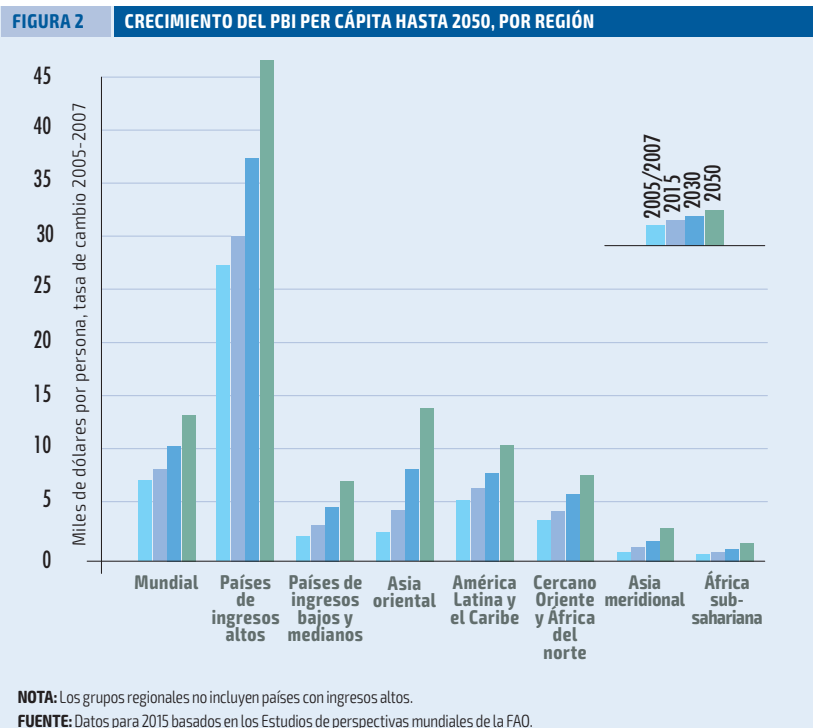
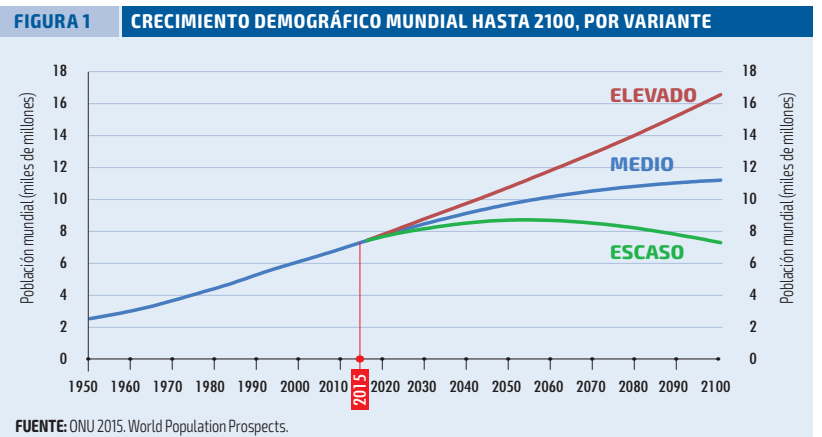
Según los datos del informe World Population Prospects que la ONU llevó a cabo en 2015, se estima que la población mundial alcance, hacia 2050, los casi 10.000 millones de personas (Figura 1). Este crecimiento se observará, sobre todo, en África y en Asia, y con mayor influencia en la población de edades comprendidas entre los 15 y los 24 años, que pasará de 1.000 a 1.200 millones en las zonas rurales del África subsahariana y el sur de Asia, comunidades que dependen de la agricultura para el empleo y la generación de ingresos, pero cuyas tierras y recursos hídricos no pueden soportar más la presión. El crecimiento económico experimentado en estos países es otro de los motivos de riesgo para sus recursos. Mientras que, entre 1990 y 2014, el PIB mundial aumentó en un 2,6% anual, el de los países de ingresos medianos y bajos lo hizo en un 5,1%. Y las proyecciones de FAO para 2050 auguran una reducción de la brecha de ingresos entre estos países y los de ingresos altos.



SIERRA LEONA. La líder campesina Yagu Bangura posa junto a varios sacos de semillas que se encuentran almacenados en el centro agroindustrial Tauropanneh, en el Distrito de Bombali. ©FAO

Estas previsiones asumen que, hasta mitad de siglo, el PIB per cápita aumentará de media a nivel mundial desde los 7.600 hasta los 13.800 dólares estadounidenses, un 1,4% anual (Figura 2). Por región, otra vez, el crecimiento medio será mayor (un 2,7% frente a un 1,2% anual) en los países de ingresos medianos y bajos que en los de ingresos altos, aunque aún a mucha distancia unos de otros.

Estos crecimientos (demográfico y económico), más la prevista migración a zonas urbanas, explican el proyectado auge de la clase media en unas zonas que son esencialmente agrícolas y su principal consecuencia: un cambio dietético hacia un mayor consumo de carne y productos lácteos y otros alimentos de producción intensiva, lo que repercutirá –veremos hasta qué punto– sobre el uso sostenible de los recursos naturales de estas regiones.



Entre el crecimiento y el desperdicio

Pese a los datos alentadores en desnutrición y una producción agrícola que se basta para alimentar a toda la población, los índices de malnutrición, los cambios en los sistemas alimentarios y los desperdicios de alimentos son señales preocupantes de fallos en el sistema.

Mientras que los índices de desnutrición son cada vez menores en todo el mundo, lo que resulta alentador, el resto de parámetros vinculados a la malnutrición —carencia de micronutrientes, sobrepeso y obesidad— no muestran los mismos signos positivos. Casi el 11% de la población mundial sigue pasando hambre, y la falta de micronutrientes afecta a más de 2.000 millones de personas. Como muestra, hay zonas del África subsahariana donde el índice de retraso en el crecimiento no disminuye con la suficiente rapidez. En otro orden de cosas, el consumo de alimentos altos en calorías y grasa, con azúcar o sal añadidos, está provocando que crezcan los niveles de sobrepeso y obesidad en hombres y mujeres de todas las edades.

Por su parte, el crecimiento del suministro de alimentos ha logrado que la producción agrícola mundial se baste para cubrir las necesidades dietéticas de toda la población, como muestra el aumento de la disponibilidad calórica per cápita y la diversidad de alimentos consumidos tanto en los países de ingresos altos como en los de ingresos bajos y medianos (Figura 3).

Sin embargo, la disponibilidad de alimentos no implica necesariamente su correcta ingesta. En el caso de los hogares más pobres, sucede por dos motivos: la falta de ingresos dificulta el acceso a los alimentos; y no disponer de instalaciones de almacenamiento, utensilios de cocina o agua potable impide una alimentación adecuada. En otros ámbitos, el acceso mejorado a alimentos más nutritivos como la carne, los productos lácteos, frutas y hortalizas no implica que se consuman en las proporciones adecuadas. Lo que, unido al aumento en el consumo de alimentos procesados (con exceso de azúcar, sal y conservantes), favorece las dietas menos saludables y la prevalencia del sobrepeso.

En los países de ingresos bajos, las pérdidas más significativas suceden en la parte superior de la cadena, tanto durante la recolección de los alimentos como en la manipulación posterior. Esto es imputable a las infraestructuras deficientes, las tecnologías obsoletas, los conocimientos limitados y las escasas inversiones en producción. De igual manera contribuyen a estas pérdidas la meteorología y las condiciones de los mercados, a merced de unos débiles marcos institucionales. En África se pierden en torno a 13 millones de toneladas de cereales cada año, más del 15% del total de la producción, durante la poscosecha. Es en las etapas de distribución y consumo, en cambio, donde América del Norte, Europa, Japón y China pierden o desperdician un 15% de los alimentos. Las grandes diferencias entre regiones, la implicación de distintos actores y los cambios que se están produciendo en las cadenas de suministro dificultan la tarea de cuantificar las tendencias en las pérdidas y desperdicio de alimentos, pero la creciente evidencia de este problema ha propiciado esfuerzos de seguimiento como el Índice Global de Pérdidas y Desperdicio de Alimentos. Llamadas de atención ante un problema alimentario mundial.

CAMBIOS EN LOS SISTEMAS ALIMENTARIOS

Entre 2001 y 2014, la proporción de alimentos procesados distribuidos a través de supermercados aumentó significativamente en países de ingresos medianos, desde menos del 40% al 50%. En los países de ingresos altos, subió del 72% al 75%, mientras que en los de ingresos bajos la proporción creció del 22% al 27% (Figura 4).

Los cambios en los canales de distribución y venta y la mayor demanda de alimentos procesados afectan a las cadenas de valor, que se caracterizan cada vez más por la coordinación vertical —y en ocasiones la integración— de las instalaciones de producción primaria, procesamiento y distribución, la automatización

del procesado a gran escala, y la concentración del sector agroalimentario en manos de un número más reducido de agentes.

Todo esto dificulta la labor de los pequeños agricultores, que ven la financiación, el acceso al mercado, el transporte y las normativas relativas a la calidad, la trazabilidad y la certificación como obstáculos para entrar en las cadenas de valor integradas. De hecho, muchos pequeños agricultores se han convertido en jornaleros sin tierras o en emigrantes en busca de empleo en la ciudad, acelerando de paso aún más la urbanización. Estas cadenas de valor alimentarias modernas, al aumentar la presión sobre las tierras y los ya de por sí escasos recursos hídricos, dejan una mayor huella ecológica: más emisiones de gases de efecto invernadero (GEI), mayor consumo de agua y más desperdicio de alimentos; con efectos negativos sobre la salud del suelo, los servicios ecosistémicos y la biodiversidad.

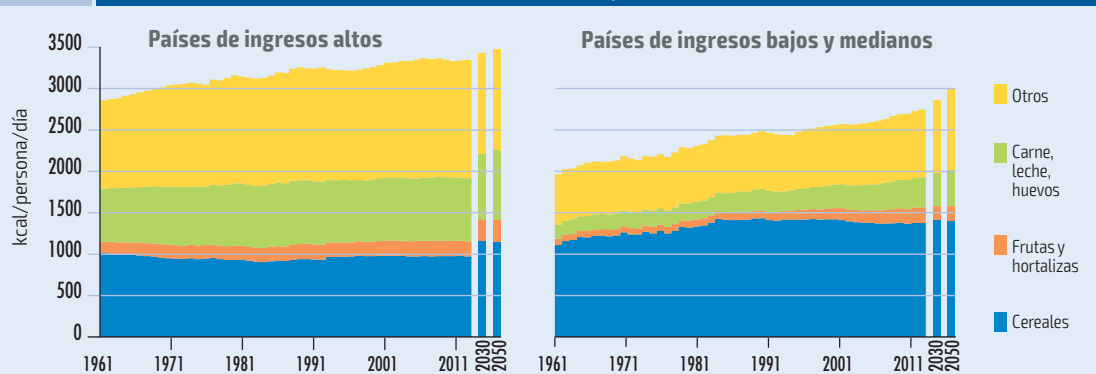
DESPERDICIO DE ALIMENTOS

Otro síntoma de la deficiencia de nuestros sistemas alimentarios es que en torno a un tercio de todos los alimentos producidos se pierde o desperdicia en algún punto de la cadena alimentaria, ya sea en la producción primaria o en la etapa de procesamiento y consumo (Figura 5). Además, con esos alimentos se desperdician los recursos naturales que se han utilizado en el proceso de producción, y en cambio se suman emisiones de GEI.

En los países de ingresos bajos, las pérdidas más significativas suceden en la parte superior de la cadena, tanto durante la recolección de los alimentos como en la manipulación posterior. Esto es imputable a las infraestructuras deficientes, las tecnologías obsoletas, los conocimientos limitados y las escasas inversiones en producción. De igual manera contribuyen a estas pérdidas la meteorología y las condiciones de los mercados, a merced de unos débiles marcos institucionales. En África se pierden en torno a 13 millones de toneladas de cereales cada año, más del 15% del total de la producción, durante la poscosecha. Es en las etapas de distribución y consumo, en cambio, donde América del Norte, Europa, Japón y China pierden o desperdician un 15% de los alimentos. Las grandes diferencias entre regiones, la implicación de distintos actores y los cambios que se están produciendo en las cadenas de suministro dificultan la tarea de cuantificar las tendencias en las pérdidas y desperdicio de alimentos, pero la creciente evidencia de este problema ha propiciado esfuerzos de seguimiento como el Índice Global de Pérdidas y Desperdicio de Alimentos. Llamadas de atención ante un problema alimentario mundial.

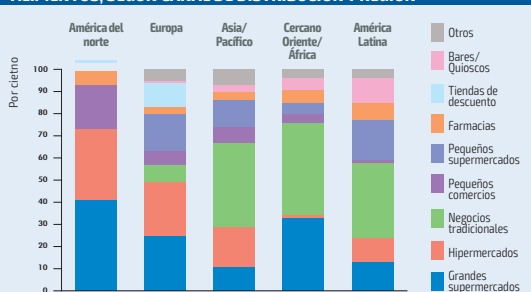
En los países de ingresos altos, las pérdidas más significativas suceden en la parte superior de la cadena, tanto durante la recolección de los alimentos como en la manipulación posterior. Esto es imputable a las infraestructuras deficientes, las tecnologías obsoletas, los conocimientos limitados y las escasas inversiones en producción. De igual manera contribuyen a estas pérdidas la meteorología y las condiciones de los mercados, a merced de unos débiles marcos institucionales. En África se pierden en torno a 13 millones de toneladas de cereales cada año, más del 15% del total de la producción, durante la poscosecha. Es en las etapas de distribución y consumo, en cambio, donde América del Norte, Europa, Japón y China pierden o desperdician un 15% de los alimentos. Las grandes diferencias entre regiones, la implicación de distintos actores y los cambios que se están produciendo en las cadenas de suministro dificultan la tarea de cuantificar las tendencias en las pérdidas y desperdicio de alimentos, pero la creciente evidencia de este problema ha propiciado esfuerzos de seguimiento como el Índice Global de Pérdidas y Desperdicio de Alimentos. Llamadas de atención ante un problema alimentario mundial.

FIGURA 3 INGESTA CALÓRICA PER CÁPITA SEGÚN EL GRUPO DE ALIMENTOS, 1961-2050



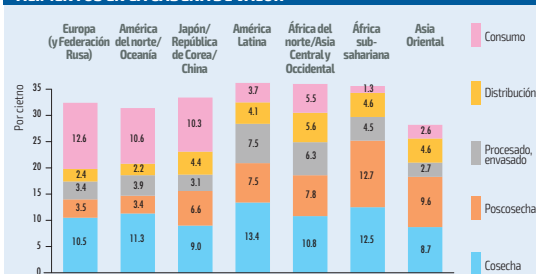
FUENTE: FAO. 2016. Estudios de perspectivas mundiales; FAOSTAT.

FIGURA 4 PROPORCIÓN DEL COMERCIO AL POR MENOR DE ALIMENTOS, SEGÚN CANAL DE DISTRIBUCIÓN Y REGIÓN



FUENTE: The Nielsen Company. 2015. *The future of grocery. E-commerce, digital technology and changing shopping preferences around the world.* Nueva York, Estados Unidos.

FIGURA 5 DISTRIBUCIÓN DE LA PÉRDIDA Y DESPERDICIO DE ALIMENTOS EN LA CADENA DE VALOR



FUENTE: HLPE. 2014. *Las pérdidas y el desperdicio de alimentos en el contexto de sistemas alimentarios sostenibles. Un informe del Grupo de alto nivel de expertos en seguridad alimentaria y nutrición.* Roma; FAO. 2011.

El cambio climático contra el sector alimentario

Los niveles actuales de emisiones de gases de efecto invernadero agravan el cambio climático. Si no se toman medidas urgentes y adecuadas de adaptación y mitigación al respecto, la inseguridad alimentaria aumentará y perjudicará a la producción y la nutrición.

Los niveles de emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) están en su nivel histórico más alto. Así se desprende del último informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés). En los últimos 50 años, las emisiones de GEI provenientes de la agricultura, silvicultura y otros usos de la tierra se han duplicado, y se prevé que sigan aumentando hasta 2050.

Las emisiones de este sector, que provienen en su mayor parte del uso de la tierra, la producción ganadera y la gestión de suelos y nutrientes, suponen el 21% del total de las emisiones globales de GEI. Sólo la acción de los bosques, que a través del almacenamiento de biomasa eliminan los gases de la atmósfera, es capaz de mitigar el daño y luchar así contra el cambio climático.

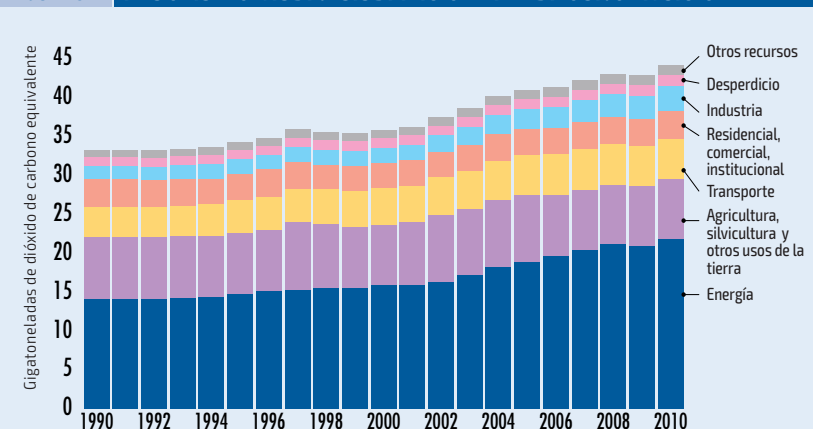
Pese a todo, el cambio climático va a afectar a la producción de alimentos, a la seguridad alimentaria y a la nutrición. La producción de alimentos sufrirá por las altas temperaturas y la menor

fiabilidad del agua, factores de riesgo para la pequeña ganadería, mientras que la incertidumbre climatológica (mayor variabilidad de las precipitaciones, más las frecuentes sequías e inundaciones) afectará al rendimiento de los cultivos. También la industria pesquera se verá condicionada por el cambio climático, que provocará cambios en la

temperatura de la superficie del mar, entre otros perjuicios. En cuanto a la seguridad alimentaria, cuya estabilidad será puesta en peligro, el impacto se notará en la calidad y el suministro de los alimentos. Para revertir la situación, y perseguir por el camino los objetivos de erradicación de la pobreza y el hambre, serán necesarios grandes esfuerzos

enfocados a la gestión sostenible de la tierra, el agua, la pesca y la silvicultura; así como a mejorar las infraestructuras, la información climática o la protección social. Urge, por tanto, encontrar nuevas modalidades de desarrollo agrícola que logren aumentar la producción de alimentos y, a la vez, reducir las emisiones de GEI.

FIGURA 6 EMISIONES ANUALES DE GASES DE EFECTO INVERNADERO SEGÚN EL SECTOR



NOTA: 'Otros recursos' incluye el transporte internacional de mercancías.

FUENTE: FAO 2016. Estudios de perspectivas mundiales; FAOSTAT.

Conflictos, desigualdad e inseguridad alimentaria

Los conflictos y los desastres naturales tienen efectos devastadores sobre la agricultura, que sufre también en zonas condicionadas por la pobreza y la desigualdad.

La pobreza extrema, el principal índice de desigualdad e inseguridad alimentaria, ha disminuido desde 1990, pero aún se cuentan en más de 700 millones las personas en esta situación en el mundo, la mayoría de ellas en el África subsahariana y el sur de Asia.

De esos 700 millones, 400 viven en zonas de conflicto. Esto es más de la mitad, cuando en 1990 la cifra suponía una quinta parte. Estos países, como los que acaban de salir de una situación violenta, muestran unos mayores niveles de subalimentación. Los motivos: sufren robo y destrucción física de cultivos, ganado y reservas alimentarias; por otro lado, las personas que deberían conformar la mano de obra necesaria son reclutados para las fuerzas armadas.

Pero la preocupación aún es mayor si contemplamos cómo los conflictos no afectan ya sólo a las regiones en las que se desarrollan, sino que sus dimensiones han pasado a ser globales, provocando desplazamientos masivos de población como en el caso de Siria.

A su vez, los desastres naturales son otro de los factores dañinos para el sector agrícola, que ha visto cómo sequías, inundaciones y tormentas han aumentado en los últimos 30 años. Dada su relación interdependiente, este aumento de desastres naturales es de especial preocupación.

Entre 2003 y 2013, las sequías provocaron la mayor devastación de tierras en el África subsahariana y el Cercano Oriente. Graves inundaciones pusieron en riesgo la agricultura en Asia, América Latina y el Caribe, región en la que, aunque en menor medida, sequías y tormentas también afectaron al sector agrícola (Figura 7).

POBREZA, DESIGUALDAD Y SUBALIMENTACIÓN

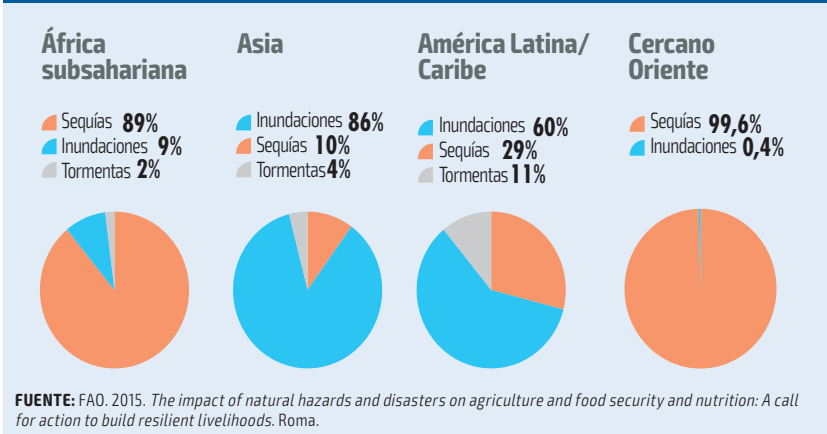
En estas zonas afligidas por la pobreza y el hambre, las políticas agrícolas fomentan el crecimiento económico pro-pobre, pero no es suficiente. Entre otras cosas, porque el crecimiento pro-pobre va más allá de la agricultura.

En los últimos 25 años, los ingresos per cápita, el consumo y la formación bruta de capital en los países de ingresos bajos y medianos han estado a un nivel por debajo del 10% de los países de ingresos altos. Esta tendencia sugiere que apenas hay convergencia entre países, lo que profundiza las desigualdades entre grupos de países y dificulta el objetivo de erradicar el hambre en 2030.



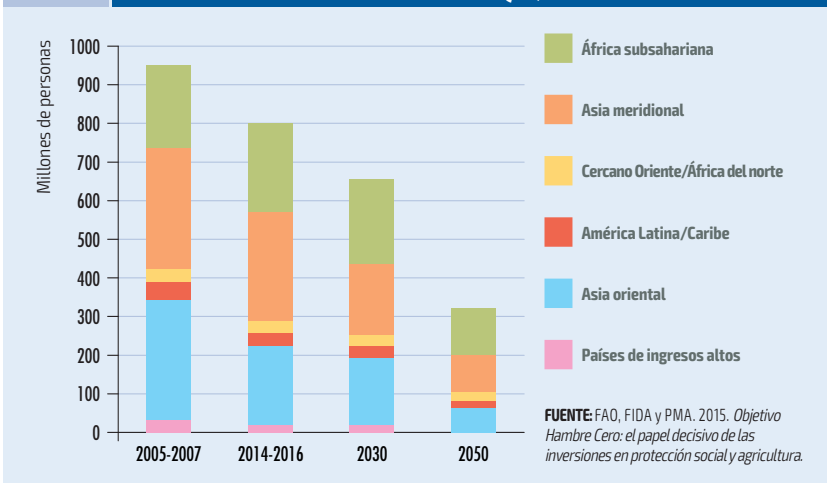
PAKISTÁN. Víctimas de las inundaciones huyen de las zonas afectadas en busca de ayuda en zonas más seguras. ©FAO

FIGURA 7 PÉRDIDAS Y DESPERDICIO DE LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA TRAS MEDIANOS Y GRANDES DESASTRES NATURALES EN PAÍSES EN VÍAS DE DESARROLLO, SEGÚN FENÓMENO METEOROLÓGICO Y REGIÓN, 2003-2013



FUENTE: FAO. 2015. *The impact of natural hazards and disasters on agriculture and food security and nutrition: A call for action to build resilient livelihoods*. Roma.

FIGURA 8 SUBALIMENTACIÓN EN UN ESCENARIO DE STATU QUO, 2005-2050



Pese a los avances en la reducción de la subalimentación, entre 2014 y 2016 cerca de 794 millones de personas en todo el mundo se hallaban en esa situación. Las previsiones más recientes de la FAO (publicadas en el informe *Objetivo Hambre Cero*) indican que, de prolongarse la situa-

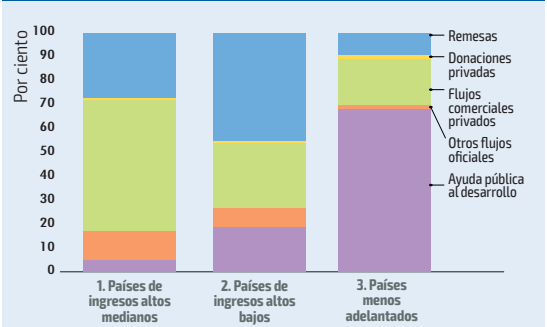
ción actual, unos 637 millones de personas en países de ingresos medios y bajos estarán subalimentadas en 2030, la mayoría en países del África subsahariana y el sur de Asia (Figura 8). A medida que las mejoras en seguridad alimentaria influyen en el aumento del poder adquisitivo, se pre-

cisa un enfoque de doble vía que combine las inversiones en protección social con inversiones en actividades pro-pobres. De esta manera, se abordará la subalimentación al mismo tiempo que se incrementarán las oportunidades de generación de ingresos en las personas pobres.

Financiación para el desarrollo

Para lograr las metas fijadas en los Objetivos de Desarrollo Sostenible se precisa un nuevo marco de gobierno y que los recursos para el desarrollo sean los adecuados.

FIGURA 9 COMPOSICIÓN DE LOS FLUJOS FINANCIEROS HACIA PAÍSES DE INGRESOS BAJOS, 2012



1. Incluye a países como Argentina, Brasil, México y muchos otros de América Latina, así como China, Rusia, Tailandia, Malasia y Turquía. Además de países africanos, como Angola, Guinea Ecuatorial, Botsuana o Namibia, entre otros.
2. India, Indonesia, Filipinas y Sri Lanka en Asia. Bolivia en América Latina. Y Egipto, Camerún, Costa de Marfil, Kenia, Siria, Sudán y Zambia, entre otros.
3. Etiopía, Somalia, Tanzania, Malawi y otras zonas de África; Haití, Camboya, Laos, Nepal y Bangladés, en la zona del Pacífico, entre otros.

FUENTE: OCDE. 2015.

La comunidad internacional lleva más de dos décadas potenciando los códigos de "buen gobierno", un conjunto de medidas que fomentan la transparencia, la participación y la inclusión social en los procesos de toma de decisiones, la erradicación de la corrupción y la promoción de reformas institucionales.

Con la ayuda de préstamos, se han llevado a cabo grandes inversiones en esta área, vigiladas por sistemas de seguimiento e indicadores específicos. Con limitaciones, y dudas de los gobiernos por los escasos beneficios tangibles de estos programas, la agenda de "buen gobierno" se ha vuelto más modesta y pragmática en la última década.

Pero un sistema de gobierno responsable es fundamental para que los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) resulten eficaces. De manera que ningún país puede alcanzar por su cuenta todos los objetivos, que son globales y que han de lograrse desde la perspectiva de "abajo hacia arriba". Las políticas deben ser, por tanto, coherentes y deben movilizar tanto recursos nacionales como asociaciones privadas, como promueve la Agenda 2030: una mayor cooperación para mejorar el acceso a la financiación, las inversiones, los mercados y la tecnología. Lo que se ha venido a llamar "responsabilidad mutua".

NUEVOS MECANISMOS

El éxito de la Agenda 2030 también depende de una financiación de desarrollo adecuada como manera más efectiva de estimular el cre-

cimiento económico y reducir la pobreza. En este ámbito se están sucediendo cambios significativos: aumentan los flujos financieros hacia los países de ingresos bajos y medianos, crece en importancia la financiación privada (en especial la inversión extranjera directa y los bonos) y se movilizan recursos a nivel nacional.

Aun sin ser el sector público uno de los grandes inversores en lo que nos ocupa, nuevos mecanismos de financiación como el Fondo Verde para el Clima pueden tener un efecto multiplicador en la consecución de flujos de inversión pública y privada.

La Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) sigue siendo una fuente importante de financiación para los países de ingresos bajos, los Estados frágiles y los que están en situación de conflicto. Por otro lado, la proporción de AOD en la financiación a países de ingresos medianos altos es relativamente pequeña, ya que estos dependen principalmente de flujos privados como inversiones extranjeras directas y bonos.

Sin embargo, este grupo de países sigue recibiendo el 40% de las subvenciones de AOD. En el futuro próximo, es muy probable que la AOD tradicional y la movilización nacional de recursos sigan siendo importantes fuentes de financiación del desarrollo en los países de ingresos bajos. Lo que está por ver, en cambio, es si estas medidas son suficientes como para financiar los esfuerzos que se precisan para lograr las metas fijadas en los Objetivos de Desarrollo Sostenibles.

Desafíos globales para la alimentación y la agricultura

Uno de los principales objetivos de la Agenda 2030 es la erradicación del hambre, la inseguridad alimentaria y la malnutrición. Para lograrlos, la FAO identifica una serie de tendencias negativas que es preciso combatir.

En su misión de lograr la seguridad alimentaria para todos, mejorar los medios de vida rurales, y fomentar un uso productivo y sostenible de la agricultura, pesca, silvicultura y recursos naturales, la FAO identifica una serie de desafíos globales para la alimentación y la agricultura que tienen una característica común: deben abordarse de forma integral y sistemática.

DESAFÍOS PARA LA ESTABILIDAD ALIMENTARIA

Se prevé un incremento en la demanda de alimentos del 50% hasta 2050. Esta demanda experimentará cambios estructurales debido a factores como el crecimiento de la población, la urbanización y el aumento en los ingresos per cápita. Mientras, los recursos naturales sobre los que depende la agricultura sufrirán cada vez más presión. Así que se necesitarán mejoras sustanciales en la conservación y el uso de estos recursos si se pretende que la productividad agrícola cubra la creciente demanda de manera sostenible. Garantizar una base sostenible de recursos naturales es otro de los desafíos identifica-

dos por la FAO. Las proyecciones para 2050 sugieren un incremento en las presiones sobre las tierras agrícolas, el agua, los bosques, la pesca y la biodiversidad. Así que cualquier aumento en la producción agrícola tendrá que basarse principalmente en la conservación y el uso eficiente de los recursos naturales.

El cambio climático y los desastres naturales suponen varias amenazas para la alimentación y la agricultura: daños y pérdidas para la producción; la degradación de la tierra, los bosques, el agua y otros recursos naturales; y presiones añadidas sobre ecosistemas agrícolas ya de por sí frágiles. Aquí ya no se trata sólo de cubrir la demanda, sino de adecuar los recursos naturales a la creciente población y, sobre todo, de encontrar el modo de hacerlo para que, en el proceso, se reduzca la huella ambiental.

En un mundo en el que se prevé que las migraciones tengan cada vez mayor magnitud debido a conflictos o desastres naturales, cobra más importancia la prevención de las plagas y las enfermedades fronterizas. Es una medida fundamental para potenciar la producción vegetal y animal,

así como la inocuidad de los alimentos. Esto exigirá una mayor coordinación a nivel internacional para entender los riesgos y, después, prevenir y erradicar esas plagas y enfermedades.

DESAFÍOS EN EL ACCESO A LOS ALIMENTOS Y SU UTILIZACIÓN

En los últimos 30 años se han observado progresos en el crecimiento económico y en la reducción de la pobreza. Aun así, más de 2.000 millones de personas viven en la pobreza, 700 millones en la extrema pobreza. La mayor parte de estas personas pertenecen al medio rural y apenas logran subsistir de la agricultura, la pesca o la silvicultura.

El crecimiento pro-pobre depende de factores que van más allá de la agricultura y que precisan de financiación, como el acceso a una educación de calidad, la diversificación económica hacia actividades no agrícolas de generación de ingresos, el apoyo a la creación de empleo y unos mecanismos de protección social adecuados. Además de erradicar la pobreza extrema y reducir la desigualdad, para la FAO



VIETNAM. Campesinos pescando en un canal.

es un desafío equivalente la erradicación del hambre y todas las formas de malnutrición. Los ingresos futuros de la población mundial se concentrarán de manera desproporcionada en países con altos niveles de inseguridad alimentaria.

Otro reto que destaca la FAO para el futuro es el de potenciar los sistemas alimentarios más eficientes, inclusivos y resilientes. Ante la proyección de crisis prolongadas, desastres naturales y conflictos, se necesitarán políticas de desarrollo que tengan más en cuenta los riesgos y sean más inclusivas y equitativas.

Las desigualdades en muchas zonas rurales de países con ingresos medianos y bajos están provocando que muchos jóvenes desistan de trabajar las tierras agrícolas, de poca productividad, y que ante la falta de oportunidades de empleo digno están engrosando las ya enormes filas migratorias.

DESAFÍOS SISTÉMICOS

Luchar contra el hambre, la malnutrición y la pobreza es más difícil en países afectados por crisis prolongadas. Las crisis pueden estar ocasionadas por una combinación de causas recurrentes: factores humanos y desastres naturales que a menudo se dan de manera simultánea, conflictos violentos, períodos prolongados de crisis alimentaria, e incapacidad gubernamental e institucional para gestionar los impactos resultantes.

Todos los fenómenos mencionados afectan profundamente a las tierras agrícolas, la seguridad alimentaria y la nutrición. También disparan los flujos migratorios. Y en las décadas recientes, esos desastres y conflictos han crecido en frecuencia e intensidad. Los desafíos a los que se enfrentan la alimentación y la agricultura están interconectados, así que a la hora de enfocarlos se requerirán políticas integradas en niveles nacionales e internacionales. Di-

señar esos enfoques no será fácil, teniendo en cuenta que, en el pasado, las políticas que se han llevado a cabo han sido específicas para cada sector, y que los mecanismos de gobierno nacionales e internacionales son deficientes. La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible reconoce la necesidad de combinar acciones diversas para conseguir objetivos conectados, y que de esta combinación surgirán nuevas demandas que tendrán que ser solventadas mediante acuerdos institucionales y coordinación en varios niveles de gobierno. La cooperación internacional tiene un papel importante que jugar, dado el carácter transfronterizo de recursos, por un lado, o plagas y desastres por otro.

Se precisa, en definitiva, no repetir los errores del pasado, que impedian unos mecanismos de gobernanza, sistemas normativos, marcos de seguimiento y una rendición de cuentas eficiente.

¿Es posible alimentar de forma sostenible a 10.000 millones de personas?

por Enrique Yeves*

Todos los estudios, datos, proyecciones y análisis de los expertos de cara al futuro convergen al final en una cuestión sencilla: ¿será posible alimentar de forma sostenible a una población mundial que rondará los 10.000 millones de personas hacia el 2050?

Lo cierto es que desde que el Homo Sapiens inició la revolución agrícola hace unos 12.000 años y, con ella, la diabólica progresión geométrica del crecimiento demográfico, la carrera entre producción de alimentos y población la ha venido ganando holgadamente la primera. Incluso hoy el planeta produce casi el doble de lo que su actual población necesita. El que haya unos 800 millones de personas que todavía pasen hambre es otra historia: la de la pobreza y la desigual distribución de la riqueza.

En esa carrera contra el *boom* demográfico, la producción agrícola se triplicó entre 1969 y 2015. Para cubrir la demanda en 2050, la FAO estima que la agricultura tendrá que producir casi un 50% más de alimentos, forraje y biocombustible de los que producía en 2012.

¿Podremos entonces gestionar los actuales recursos del planeta –que finalmente hemos entendido que no son infinitos– para que las siguientes generaciones puedan sobrevivir? Señalaré, a continuación, algunos de los desafíos

que debemos afrontar si queremos responder afirmativamente a la pregunta con la que enuncié este artículo.

En primer lugar, está claro que habrá que seguir incrementando la producción de alimentos porque la demanda seguirá creciendo, y lo hará en un contexto de creciente escasez de recursos e importantes cambios en la composición estructural de la demanda agrícola. Históricamente, como he señalado con anterioridad, se han logrado aumentos mayores en la producción en períodos comparables. Sin embargo, pese a las mejoras generalizadas en la eficiencia agrícola, los aumentos de rendimiento se están ralentizando y puede resultar difícil mantener el ritmo de crecimiento. Este crecimiento económico acelera los cambios en la dieta e impulsa una demanda agrícola distinta, especialmente en los países emergentes donde se ha impulsado el auge de una clase media a nivel mundial que a su vez está acelerando los cambios dietéticos. Por ejemplo, esa nueva clase media de los países emergentes cada vez come más carne y más productos lácteos lo que tiene serias repercusiones en el uso sostenible de los recursos naturales.

El cambio climático y la competencia por los recursos naturales seguirán contribuyendo a la degradación del medio ambiente, con consecuencias negativas

para los medios de vida y la seguridad alimentaria de las personas. Los problemas de pobreza extrema, hambre, inseguridad alimentaria y subnutrición persistirán, junto con el aumento del sobrepeso, la obesidad y las enfermedades crónicas asociadas a la dieta.

En la actualidad, la mitad de las personas vive en ciudades y la otra mitad en el campo: para mediados del siglo dos tercios partes de la población mundial, sin embargo, vivirán en zonas urbanas y en muchas regiones se trata de una población cada vez más envejecida.

Los desastres naturales crecen en número e intensidad y, junto con los fenómenos meteorológicos extremos asociados al cambio climático, se prevé que aumentarán aún más la necesidad global de ayuda humanitaria y el refuerzo de la resiliencia para hogares rurales. Los conflictos persisten y podrían intensificarse en muchas partes del mundo, con consecuencias económicas y sociales generalizadas más allá de los países afectados. Al mismo tiempo, las plagas y enfermedades transfronterizas de las plantas y otras amenazas emergentes siguen produciendo crisis en los sistemas agrícolas y alimentarios e inciden en la productividad y la salud humana.

En la mayoría de países de ingresos bajos se está produciendo una transformación rural dinámica que según los expertos continuará. Esta transformación tendrá consecuencias para los sistemas de producción agrícola, el empleo, la nutrición y las migraciones, y retará a la sociedad a ampliar la participación de las personas afectadas en el proceso de desarrollo.

Los rápidos cambios y las transiciones en los sistemas alimentarios requieren cada vez más de unos sistemas de gobierno nacionales e internacionales efectivos, así como de respuestas políticas claras y con alcance de miras. Es preciso invertir más en la agricultura y en los sistemas agroalimentarios, así como en la investigación y el desarrollo, para potenciar la productividad agrícola e impulsar la innovación en agricultura sostenible, prosperidad rural y seguridad alimentaria.

La comunidad internacional conoce muy bien todos estos desafíos. La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, adoptada en septiembre de 2015, proporciona una visión precisa y compleja de cómo pueden combinarse múltiples objetivos para definir nuevas trayectorias de desarrollo sostenible.

Los resultados dependerán de si los encargados de la elaboración de políticas y las partes interesadas lograrán integrar

las distintas acciones para alcanzar objetivos concretos y enfrentarse a retos relacionados entre sí. El desarrollo sostenible es un desafío universal cuya responsabilidad colectiva recae en todos los países. Los vientos que corren sobre un retorno al unilateralismo no son buenos augurios para el cumplimiento de los compromisos colectivos que representan un avance fundamental en la gestión de nuestro planeta.

El *statu quo* ya no es una opción, por tanto, todos deberán introducir cambios fundamentales en su forma de producción y consumo. Se precisan importantes cambios en los sistemas agrícolas, economías rurales y la gestión de los recursos naturales para superar los muchos desafíos que existen y garantizar un futuro seguro y saludable para todos.

Mirando hacia adelante y respondiendo entonces a la pregunta inicial, es posible en efecto que seamos capaces de producir una cantidad de alimentos suficiente, pero para hacerlo de forma global, inclusiva y sostenible tendremos que revisar a fondo el actual sistema socio-económico de producción. En ello nos jugamos el futuro.

* Enrique Yeves es periodista especializado en temas de política internacional y actualmente Director de Comunicación de FAO